

RELATO SOBRE CÓMO ESCRIBIR UN RELATO de Malena Ulcina Cabello

Para escribir un relato, primero hay que pensar la idea. Una idea que bien puede ser “voy a escribir un relato” o bien “dos chicas que van en un tren con destino a París y en el trayecto deciden que pararán en Burdeos para hacer unas fotos y tomarán café y croissants para después coger un bus a la Bretaña francesa y se enamorarán de dos hermanos que tienen una casona en la campiña y vivirán un verano en un campo de viñedos y aprenderán a hacer mermelada y pan casero y al final del verano no querrán volver a España porque estarán tan enamoradas de los bretones que harán todo lo posible por casarse con ellos”.

Es muy posible que estas dos ideas, y este párrafo-frase, como me corrigió tantas y tantas veces mi profesor de francés en la carrera, acaben de emanar ahora mismo de mi imaginación. Tengo mil y un relatos empezados, y tan solo un par con un final cerrado, que ni si quiera me gusta. Simplemente están cerrados. Y no los quiero volver a abrir porque sé que cambiaría hasta la primera palabra de la historia y para hacer eso prefiero empezar de cero. Pero, ¿sobre qué escribo? ¿Sobre escribir? ¿Sobre el amor? ¿Escribo un relato costumbrista?

Escribir sobre escribir pudiera parecer aburrido. Un metarrelato que nadie querría leer. Sin embargo, escribiendo sobre mis propias ideas me vienen a la mente dos chicas, que de camino a París, deciden parar en Burdeos para hacer unas fotos y tomar café y croissants y después coger un bus y el final de la historia ya puede intuirse. En plena campiña bretona se instalan en la casa de una familia adinerada, después de semanas de románticas escapadas con los hermanos Dupont. Ahí conocen a Madame Larousse, que regentaba una pequeña tienda de quesos y mieles al lado del puerto hasta que conoció a Monsieur Dupont, y se trasladaron a vivir al campo. Martinne les enseñará a hacer crêpes, galettes y gravottes y les mostrará todo lo que deben saber para poder pasar el verano en el pueblo.

La historia está bien, tiene un hilo conductor, un principio que puede enganchar la atención del lector (dos chicas en medio de un viaje que deciden cambiar el rumbo y así encuentran —las dos— al amor de su vida —podría pasarnos a cualquiera). Siempre he querido creer, y creo firmemente, que cuanto más nos parecemos (o creemos parecernos) al protagonista, más nos adentramos en una novela. Yo misma me he visto inmersa en una novela cuya protagonista caminaba descalza por la playa y dirigía una casita rural que había heredado de su abuela y había restaurado ella sola.

Mi abuela era del pueblo más seco de la provincia de Soria. Si de su casa hiciera una casa rural probablemente moriría de hambre —o de aburrimiento. Si caminara descalza por mi pueblo... lo mínimo que podría pasar es que cogiera alguna infección en los pies. Pero ahí me veía yo, enamorándome del chico guapo que quería alojarse en el albergue para desconectar del ajetreo de la ciudad, y que con solo una mirada consiguió que la protagonista volviera a confiar en los hombres.

Solo confirma mi teoría mi propia experiencia. Yo como lectora soy el ser más narcisista que hay en el planeta tierra. Yo soy la escritora de los poemas de amor de Pablo Neruda y el objeto de deseo de García Lorca. Yo podría haber escrito los versos más tristes esta noche, y los Sonetos del amor oscuro, sin ninguna duda, podrían ir dedicados a mi persona.

Sabiéndome musa de todos los poetas, y protagonista de todas las novelas, solo me queda empezar a escribir mi propia historia. Mi propia historia, que no una historia sobre mí, aunque podría hacerlo, pero yo no tengo mucho que contar. Prefiero escribir sobre escribir. O sobre dos chicas que en medio de su viaje deciden cambiar el rumbo, parar en Burdeos, hacer unas fotos, coger un bus y acabar en Un verano en la Toscana, pero en su versión francesa.

Un verano en la Toscana es esa película donde también me identifiqué protagonista: en medio de un viaje una joven a la que acaban de dejar encuentra una casa en absoluto estado de ruinas y decide comprarla, reacondicionarla y quedarse a vivir ahí. Al final se enamora y acaba viviendo en su maravillosa casa de campo perfectamente nueva y en la que todo vuelve a funcionar, hasta el vecino antipático le acaba cogiendo cariño a la protagonista.

Hay algo en común en todas las historias con las que me identifico, pero no consigo averiguar el qué. Quizá es el amor, o la decadencia. O el deseo de una vida que no tengo. Por eso siempre que escribo, me impregno de todo lo que he leído. Por eso, sin querer, escribo “mi alma no se contenta con haberla perdido”.

Por eso hoy intento escribir un relato sobre cómo escribir un relato. Para volver aquí el día que me quede sin inspiración o el día en que mis musas se vayan volando por el balcón abierto de mi cuarto. Por eso si queréis saber cómo acaba este relato, es probablemente de la manera que imaginasteis al principio. Nunca he sido la protagonista de una gran historia de amor en la Bretaña francesa, pero las experiencias ajenas contadas con las palabras precisas me transmiten justo lo que necesito sentir en el momento en que las escribo. Y las chicas que conocen a los hermanos Dupont viven felices y comen perdices. Incluso la rubia, a la que no le he puesto nombre porque este relato dura tres páginas, acaba embarazada en octubre y tiene un precioso niño rubio de ojos claros en junio — mes en el que, quizá, comience el próximo relato sobre cómo escribir la segunda parte de un relato.